

La «educación afectiva» en la etapa infantil

M^a del Carmen Gutiérrez Moar. Facultad de Filosofía y CC. de la Educación
—Universidad de Santiago de Compostela—



«Las primeras respuestas de los más pequeños a los sentimientos y emociones como configuradores de la «vida afectiva», son las que condicionarán su desarrollo ulterior».

Afirmar que la labor de los adultos es esencial en la educación infantil lleva implícita la configuración del proceso socializador entre la familia y la escuela, permitiendo entender en un mismo eje vertebrador el aprendizaje y el desarrollo. Su significado va más allá de un mero cambio nominal, exigiendo una colaboración responsable entre padres y educadores para establecer pautas de acción que den respuestas positivas a una mejora en la atención que ambos estamentos ofrecen a los niños.

Un análisis de la situación demuestra que aunque existe un reconocimiento y una amplia conciencia en cuanto a la coordinación de actuaciones, no necesariamente presupone la presencia de procesos de intervención educativa que vayan en esta dirección. Múltiples investigadores coinciden en manifestar que es una «asignatura pendiente» o un «tema sin resolver» ya que no forma parte de nuestras tradiciones educativas. Al respecto, coincidimos con Santos Guerra en que la «cultura de la participación» no puede improvisarse, haciéndose necesario un cambio de mentalidad en

cuanto a las actitudes (respeto, tolerancia, colaboración, etc.) y prácticas educativas paternas (pautas de crianza). Por lo tanto, es obligado generar criterios pedagógicos que materialicen este giro defensor de la armónica integración entre familia y escuela; un modelo que tenga en cuenta al individuo, el medio y la interacción de ambos, denominado ecológico-comunitario.

Su implantación significaría una mayor conciencia participativa de la familia en el centro educativo, convirtiéndola en una actividad cada vez más sólida, el basarse en una «coparticipación dinamizadora» del desarrollo de la comunidad en la que se asienta el centro. Las planificaciones y programaciones integradoras requieren por tanto, la formación de equipos multiprofesionales sobre la base de solventar problemas concretos, entendiendo su aportación, como un reparto de responsabilidades que enfatice la apertura del centro a su entorno. En este sentido, desde la socio-pedagogía surgen términos como la comunidad educativa, el aula sin muros, la ciudad educadora, etc.

La «participación de los padres» en la escuela de sus hijos ha de garantizar además, una función aglutinadora de vivencias, experiencias, sentimientos y aprendizajes que faciliten al menor su tarea de autoconocimiento. Todo ello conlleva a la necesidad de

que caminen juntos el desarrollo afectivo e intelectual del educando (vínculos entre cognición y afecto), lo que pondrá de manifiesto el error que se mantenía al afirmar que a la escuela sólo le compete el aspecto intelectual y a la familia el afectivo.

Aunque el campo de los afectos es difuso en cuanto a sus contenidos, (emoción, sentimiento, pasión, estados de ánimo, motivación, etc) se perfila como el modo en que «somos afectados interiormente por las circunstancias que se producen a nuestro alrededor». A partir de esta definición entendemos que educar en la afectividad en sentido amplio, y en la escuela infantil en particular, implica no dejar al libre albedrío la evolución socio-emocional de los menores por lo que consideramos y defendemos que la «educación afectiva» se aprende y se enseña junto a los adultos significativos (padres y educadores) y a los contactos que efectúa con el grupo de iguales.

En conclusión, el «mundo emocional» forma parte de los fenómenos comunicacionales, es decir, los afectos «se dan o no se dan», porque sólo así abordamos la «cuestión clave» de enseñar a los más pequeños a despertar, mantener, recuperar, apagar, reorientar, ... los fenómenos afectivo-emotivos. De este modo, su importancia pone de manifiesto que la verdadera «evolución pedagógica» se establece entre las

personas, determinando las características del «ser humano como un «ser» educable» cuyas dimensiones principales son: a) estados y procesos mentales (cognitivos, afectivos y perceptivo-motóricos); b) estados y procesos perceptivo-manipulativos de materiales simbólicos valorados personal y socialmente y c) acciones y/o procesos relacionados socialmente aceptados.

Tomando todos los factores en conjunto, la educación de los individuos y de los grupos humanos se establece sobre un proceso de interacción participativa que enlaza a la familia y la escuela bajo los siguientes pilares: colaboración, comunicación, aceptación recíproca, cooperación, etc.

La tarea a realizar implica ¿cómo ayudar a que el niño eduque su emotividad, liberando toda «energía afectiva» que dirige su desarrollo? La respuesta a esta pregunta está en saber guiar la enseñanza de los menores para controlar sus emociones y buscar formas socialmente aceptables para expresar su mundo interior. Así se logra que nuestros infantes satisfagan una necesidad primaria (el apego) y gocen de vivencias afectivas estables, cálidas y positivas como determinantes de un clima familiar y de aula acogedor, seguro y favorecedor de un autoconcepto adecuado que haga que el niño se sienta tranquilo, querido y valorado para afrontar las metas fijadas por la educación sistemática.